LA POESÍA Y LA UNIDAD DEL IDIOMA

La feliz iniciativa de la Asociación de Hispanistas de Gran Bretaña e Irlanda al convocar este Primer Congreso Internacional de Hispanistas permite a quien ahora os habla exponeros algunas reflexiones que van a servir de digresión o de paréntesis a los trabajos y a las deliberaciones propias de esta reunión. Porque, en efecto, yo estoy fuera de concurso en esta asamblea por dos razones. La una, que yo no soy hispanista. La otra, que yo no soy más que un poeta y este Congreso tampoco es un congreso de poetas, sino de profesores, de eruditos, de lingüistas, de historiadores. Y aunque yo profese la enseñanza de la lengua y la literatura españolas no me corresponde ejercerla en el grado superior ni he alcanzado en ella visible eminencia. Con todo, yo creo que quizá no es ocioso el que entre tantos hispanistas y algunos hispanos auténticamente eminentes en el cultivo de las distintas ramas de la especialidad, se deje abierto un turno al artista, al escritor con voluntad de poeta. La condición inexcusable para justificarlo será que el tema elegido sea lo bastante preciso para no salirse demasiado de la órbita razonable y para que no resulte improcedente tratarlo con la desenvoltura que siempre ha sido privilegio de los poetas, los poetas a los que tantos consideran como a unos niños más o menos irresponsables e insuficientemente educados que no hay que tomar demasiado en serio.

Verdad es que contra esta vieja teoría y prevención indulgente frente a los poetas, se ha abierto camino —y sobre todo en nuestro siglo— otra actitud absolutamente seria y hasta reverencial, diputándolos como a oráculos y auscultando sus misteriosos mensajes que por ventura interpretan la vida y la sustancia misma del ser con mayor penetración y más genial y luminoso acierto que los propios filósofos. Podéis estar seguros, sin embargo, de que yo no di nunca, ni daré hoy, motivo para escandalizar con despropósitos paradójicos ni humoradas chispeantes, ni mucho menos para revelaros honduras metafísicas ni descorreros velos opacos o traslúcidos. No pretendo dejar al descubierto las esencias ontológicas con esas iluminaciones verbales reservadas a la intuición poderosa de los altísimos poetas. Mi propósito, mucho más modesto, es invitaros a que reflexionemos juntos

unos instantes sobre lo que puede influir la poesía en el mantenimiento de la unidad del idioma.

Pluralidad o unidad

Es éste un tema, tal como ahora lo planteo, nacional, y por lo tanto, aunque se trate de unidad, tan múltiple como múltiples son las lenguas literarias y poéticas que hoy se hablan en la redondez de la tierra. Otro posible sentido de su enunciado sería el de la unidad del idioma humano universal, utopía o sueño realizable según los diversos dictámenes, objetivo nada inmediato hacia el que la poesía también podría empujar, llegado el momento propicio. Pero no soñemos. Limitémonos a la actualidad de nuestro siglo y al hecho nacional, a los hechos nacionales de las lenguas cultas hoy vivas y operantes, nacionales o supranacionales cuando se trata de idiomas extendidos más o menos universalmente, como el inglés o el español. Preferentemente a este último me voy a referir por la sencilla razón de ser el único que conozco hasta cierto punto, y aquel a cuyos problemas de salud, unidad y porvenir se dirigen constantemente mis preocupaciones, observaciones viajeras y lectoras y comezones de ilusionada producción poética.

Mi tesis va a ser la siguiente. Corresponde a la poesía un papel protagonista, decisivo, en el mantenimiento deseable de la unidad de cada idioma. Empecemos a razonar por esto último, por lo de "cada idioma" y por lo de "deseable". ¿Conviene que haya muchas lenguas, que se conserven al menos todas las que hoy son capaces de comunicación poética y cuentan con la tradición suficiente para asegurarlas contra anárquicas fluctuaciones y repentinas mudeces? A mi entender la respuesta debe ser afirmativa, pero siempre que distingamos entre idiomas y dialectos. Estos últimos están fatalmente llamados a desaparecer y para los más pesimistas, que sienten como una desgraciada nota del mundo próximo que espera la humanidad la monotonía insoportable de la vida en todos los rincones del planeta, la desaparición de los dialectos sólo sería el primer paso al que sucedería en seguida la de las lenguas más débiles en personalidad, influencia política y números de hablantes, absorbidas por sus vecinas más poderosas. Todavía, para los que así piensan, quedaría otra tercera etapa en que las lenguas supervivientes, unas pocas, se irían aproximando entre sí, al menos en su vocabulario intercambiable, artificial y descolorido, hasta perder la mejor parte de su gracia.

Yo no estoy tan convencido de la desaparición —por extinción o absorción por otros más fuertes— de los actuales idiomas propiamente dichos, aunque sí de la de los dialectos. Y aquí se empieza a ver claro la eficacia de la poesía. ¿Por qué en España se perdieron casi totalmente los viejos dialectos medievales, astur-leonés y aragonés, y en cambio, coexistiendo con el empuje imperial del castellano y aguantando valerosamente su poder expansivo, se mantienen poéticamente y realmente vivaces el catalán y el gallego? Recordad la poesía delicada, apasionada, arraigada en ambas lenguas y empezaréis a comprenderlo. Y eso que hace ya cinco o más siglos que Galicia y Cataluña no gozan de soberanía autónoma, ni siquiera en la Edad Media la gozaron tampoco sino asociada a otros reinos políticos y lingüísticos.

¿Y el vascuence? El vascuence es caso aparte. No ha cesado en veinte siglos de perder terreno y originalidad léxica y su porvenir como lengua realmente viva y operante está muy comprometido. Pero por un lado esto se debe a su arcaísmo de pueblo rural y primitivo que durante mucho tiempo fue lingüísticamente aislado y superviviente en un mundo que le rebasa, y por otra parte a la falta precisamente de una poesía histórica insigne que hubiera podido servir de freno a la evolución y de modelo contra la fragmentación dialectal. El no haber habido nunca un "toscano", un "castellano" entre las hablas de los diferentes valles vascos, con una poesía y una literatura en prosa vigorosamente acuñadas en los siglos decisivos, hace hoy extremadamente improbable que los nobles esfuerzos de los poetas actuales logren para su lengua la definitiva fijación y el valor instrumental de expresión conceptual y anímica que persiguen, con la suficiente eficacia para que el vascuence, lengua sagrada para todo buen español y mucho más si es vasco, siga adelante su vida milenaria.

Dificultades de la poesía dialectal

Por lo que respecta a los dialectos regionales, a los de hoy, el reactivo de la poesía cuando en ellos se ejercita no puede ser más elocuente. Reconozcamos que los términos de la ecuación no son en el siglo XIX o en el XX los mismos que en el IX o en el XII. En el hervor fluctuante de luchas, poblaciones y repoblaciones y aislamientos, seguidos de cruces repentinos de los diferentes pueblos peninsulares, perdida toda brújula y norma cultural y oficial de unidad en el olvidado o mal sabido latín, las posibilidades de coexistencia provisional de dialectos de primero y de segundo grado —dialectos de dialectos— eran ilimitadas. Esto empezó a ser difícil a fines de

la Edad Media y terminaría por ser del todo imposible al advenimiento de la era alfabeta, con su difusión de escuelas, precedida por la era impresora en que la minoría regente centuplicaba con la expansión del libro su influjo unitario.

Pues bien, ateniéndonos a lo que hoy o apenas ayer sucedió o sucede, vemos el fracaso de los intentos poéticos y hasta cierto punto de los literarios en prosa realista y creadora, cuando han acudido al dialecto vivo como instrumento y documento de expresión. ¿Qué queda, qué quedará de la poesía murciana, panocha, de Vicente Medina, de la extremeña de Gabriel y Galán, de la castúa de Chamizo, de la andaluza y agitanada de los mejores costumbristas poéticos del siglo XIX o del XX? Presumo que muy poco en cuanto a poesía y que su valor en el futuro será más bien testimonial, lingüístico, dialectal y folcolórico. Su poder de emoción poética, lejos de quedar favorecido por el uso del habla dialectal, tiene que luchar para hacer olvidarlo, si a fuerza de talento y de autenticidad lírica el poeta consigue abrirse paso hacia el corazón y la exigencia de gusto del lector.

Cansera, El embargo, La nacencia, El piyayo —pongo por piezas poéticas dialectales que han logrado una merecida popularidad y hasta un orgullo provincial de patria chica— nos producen siempre una mezclada sensación de placer y de insatisfacción, porque tras la morfología regional, el sufijo verbal o diminutivo, la relajación fonética o su aspereza como rasgos lingüísticos que se apartan de la normalidad de la lengua española, se transparenta, no tan lejana ni inalcanzable, la ortodoxia de la lengua grande y literaria con todo el prestigio y la carga de emoción poética tradicional, de tal modo que el texto dialectal no puede menos de sonarnos no tanto a tesoro de alma colectiva de un pueblo, como el poeta sin duda pretende, sino a plebeya corrupción de un legado patrio y común, al cual, claro está, ha contribuido la región tan legítimamente como otra parcela cualquiera del territorio lingüístico nacional. Aunque una lengua nacional o supranacional, una gran lengua literaria, se asiente sobre el predominio de ciertas particularidades idiomáticas y se difunda desde un foco geográfico en sus comienzos, lo cierto es que al cabo de unos pocos siglos representa y es en realidad la lengua general de todo un país que ha sabido absorber y unificar rasgos fonéticos, morfológicos, sintácticos, léxicos y semánticos que le llegaban de todos los puntos de su área.

Otra razón se une a la que acabamos de exponer para dificultar el acceso de la poesía dialectal al plano de la más alta poesía. Y es que no contando aquélla con la tradición suficiente para que se haya podido establecer naturalmente la diferencia de niveles que separa la lengua poética

de la plebeya, diferencia que sentimos de modo casi unánime cuantos gustamos de la poesía en idioma literario, de patria grande, todo en ella tiende a sonarnos rebajado, incluso las palabras y modos de expresión que reintegrados al pie de la letra al idioma ancho resultarían en él perfectamente capaces de uso poético.

Limitaciones de la prosa dialectal

Y esta segunda razón explica no sólo lo que ocurre con el delicadísimo lenguaje de la poesía, sino con el más sufrido y acomodaticio de la prosa. ¿Concebiríamos un libro de geometría o de terapéutica o simplemente una guía arqueológica escrito en bable o en lengua de gaucho? Casi estoy por decir que ni en gallego, y no sólo por su nula utilidad, sino por el aspecto cómico que resultaría del choque de los conceptos cultos con una inusitada y mal preparada para el caso vestidura idiomática. En cambio otra cosa sucede con la prosa de creación y espejo vital, con la del teatro y de la novela cuando el novelista deja hablar a sus personajes. Hasta qué punto conviene para el logro de la más alta obra de arte y dónde debe ponerse el juicioso límite es materia opinable. Pero sin duda nada pierden la *Celestina* ni el *Quijote* con dejar hablar popularmente a sus personajes, siquiera sea no a todos y con un plebeyismo moderado. Ni pierden tampoco *Peñas Arribas* o *Fortunata y Jacinta* con el grafismo pintoresco de su charla aldeana o barriobajera. Y sin embargo... ¿no ganaría *La Malquerida* unos grados hacia la altura de la gran tragedia, eliminando los dialectalismos y modismos que podrían suprimirse sin que por ello perdiese el drama su colorido rural más o menos particularizado?

El incierto porvenir

Me he detenido un tanto en presentar algunos aspectos de la relación entre poesía y unidad de idioma, pero en rigor más que del problema de la interpretación del pasado quería decir algo del de la probabilidad del porvenir. El presente estado lingüístico en Europa y América, ¿podrá mantenerse mucho tiempo sin que el curso inexorable de los años lo transforme, y no con la relativa lentitud de los dos últimos siglos, sino acelerando sus procesos biológicos? Limitándonos solamente a las lenguas que podríamos llamar imperiales y en primer término al inglés y al español, y luego al portugués, ¿qué habrá pasado al cabo de otros dos siglos, de cuatro o de seis? Los factores políticos han de influir poderosamente, y hoy por hoy

y mientras no se modifiquen hacia la unificación, la lengua inglesa y la portuguesa se reparten cada una en dos soberanías mientras que la española tiene que pechar con veinte. Desde este punto de vista el peligro que la acecha con el orgullo de los sentimientos nacionales es mucho mayor que el que puede amenazar a las otras dos.

Yo creo que hoy nadie piensa en que pueda sobrevenir una dispersión y aislamiento lingüístico como el que siguió a la caída del imperio romano de occidente. Todo parece que trabaja en sentido contrario. La idea fija de la unidad entre los seres humanos superando luchas de clases y diferencias y rescoldos de razas y patrias. La creciente culturalización de todos los grupos humanos. El progreso de la técnica con su rasero igualatorio. Y como consecuencia el aumento vertiginoso del vocabulario culto más o menos exactamente uniforme en detrimento proporcional y absoluto del popular de cada patrimonio familiar o individual heredado por cada idioma. De todo esto se ha escrito mucho y nada nuevo podría yo añadir. Hay que dejar a la gran incógnita del tiempo y del destino humano lo que pueda sobrevenir y ser cautos en nuestras predicciones.

También se ha hablado del papel reservado a la literatura en la conservación de la unidad del idioma. Aunque haya algunas personas, y hasta algunos escritores también, que parece que les sea indiferente la futura fragmentación de su idioma, y como etapa preparatoria la agravación de sus hechos diferenciales en los distintos estados y regiones a que se extiende su uso, no dejan de ser excepciones frente al sentir general que teme y lamenta el peligro de que al fin y a la postre tal pueda ocurrir. Considerando, pues, deseable no la inmovilización del idioma —nadie creo que lo piense ni lo desee— sino el mantenimiento de la unidad de nuestra lengua por tiempo indeterminado y modificándose con la suficiente lentitud para que permanezca la conciencia de su unidad histórica hacia atrás con nuestros clásicos y hasta con nuestros primitivos, que permita su estudio y su goce sin demasiado esfuerzo, y cuantos más siglos mejor, resulta evidente que la literatura ha de coadyuvar a ello más eficazmente que ninguna otra enseñanza, acción o policía.

Hemos oído voces elocuentes, teñidas a veces de acento patético, timbrando su alarma para que despierten los hispánicos y los que se hallan al frente de su gobierno político y lingüístico, y tomen las medidas necesarias para enfrentarse a los riesgos de la descomposición y rebajamiento de la lengua española. Las hemos oído, sobre todo, en los Congresos de Academias de nuestra Lengua en Madrid y en Bogotá. Y han servido para que, al calor de la emoción despertada, los gobernantes de cada nación hispá-

nica hayan podido darse cuenta de la importancia del asunto y —algunos ya se habían anticipado a la recomendación pluriacadémica— hayan comenzado a promulgar leyes y fijar sanciones para proteger la unidad y la pureza del idioma. Mucho pueden hacer las Academias con su autoridad multiplicada en la unanimidad de sus acuerdos. Mucho pueden conseguir los Ministerios de Gobernación y de Educación de cada país exigiendo la dignidad, la hispanidad y el decoro de rótulos, escritos, emisiones radiofónicas y televisadas, cinematografía, teatro y discografía. Mucho los escritores, si su conciencia despierta a la tremenda responsabilidad de su oficio. Pero entre todos los escritores son los poetas los que, aun sin proponérselo, tienen que decir, tienen que guardar la última palabra.

La prosa y la unidad del idioma

Se me argüirá que por qué los poetas esencialmente y no por igual los escritores todos prosistas: novelistas, autores de teatro, ensayistas, periodistas, oradores y escritores didácticos. Sin duda, a todos les es común el deber de salvaguardar la unidad del idioma y de no dar mal ejemplo entregando al enemigo, al barbarismo innecesario y bárbaro en el otro sentido de la palabra, los reductos irrenunciables del glorioso y común patrimonio léxico y sintáctico. Pero es que la poesía por sí misma es heroica, fijada para siempre e incorruptible, mientras que la prosa se está siempre en potencia destruyendo a sí misma en el servicio de su destino instrumental. Aun en los casos más egregios, sentimos que la prosa de un gran escritor es como es, pero pudo ser de otro modo, de múltiples modos diversos sin que dejase de ser por ello esencialmente la misma prosa, ni la obra en su verdadero alcance la misma obra. Una obra en prosa es, en lo más importante de su tesoro significativo y emocional, traducible. Todas sus palabras pueden perecer para resucitar con el revestimiento de otro idioma. La poesía, en cambio, no. Sus palabras originales no pueden dejar de ser las mismas, ni por aumento, disminución o sustitución dentro del mismo idioma, porque la poesía es inherente a su carne y a su piel tersa y perfecta, ni tampoco por combustión total en busca de una nueva vida en otro idioma y otro ritmo.

Me diréis que hay obras en prosa de tal belleza y calidad de idioma que también padecen si alguno atenta a su integridad y que sirven y servirán siempre de patrón para la autenticidad, la unidad y la elegancia del uso literario presente y futuro. ¿No fue Cicerón modelo para los latinos de los siglos imperiales y cristianos y para la ilusión restauradora de los huma-

nistas? ¿No decimos nosotros "la lengua de Cervantes", como si la carta de ciudadanía cervantina fuese el título de nobleza y legitimidad de una palabra o giro y como si hubiese que sospechar siempre de la que no se hallase en el léxico y gramática de Cervantes?

En la proporción en que esto es verdad lo es también el valor poético de la prosa. Cuando una prosa de primer orden nos parece en todos sus pormenores "ne varietur", esa prosa es también verdadera poesía. Sólo le faltaría para serlo plenamente la cohesión interna y musical del ritmo métrico, pero la poesía de nuestro tiempo se ha apresurado galantemente a tender la mano a su hermana prosaica, abandonando voluntariamente la disciplina exacta y numérica del ritmo y la estrofa y afirmando sus legítimas libertades hasta un límite tan borroso que no sabemos ya si navegamos en verso, versoide o simplemente prosa. Sólo una última voluntad que se afirma en la tipografía o declamación y que acaso no cuenta con más elemento perceptible que el negativo —las pausas y silencios con sus valores patéticos— puede hacernos admitir que tal verso voluntario siga siendo verso.

Eficacia suprema de la poesía

No. Por muy ejemplares que sean para ayudar a la conservación unitaria del idioma las obras maestras en prosa, son las de los poetas las que necesariamente, inevitablemente, casi diríamos inocentemente, sirven siempre de piedra de toque, Pensemos en Manrique, en Garcilaso, en Fray Luis, en Góngora, en Moratín, en Bécquer, en Rubén Darío. Si Cervantes pudiese entrar en esta cuenta sería porque a ello le habría ayudado la disciplina de sus versos. Cada uno de ellos marca en su tiempo la pauta, la modernización tradicional exactamente saludable y maestra. Ya prudente, ya audaz. Todo poeta es por esencia tradicional y cuenta para realizar la belleza de su obra con todo el pasado de su lengua y de su parnaso detrás. Con frecuencia la nobleza de su expresión proviene de su resonancia arcaica. Pero no nos engañemos. Todo poeta verdadero a la vez es un creador constante de lengua, atento a la voz legionaria de su pueblo actual y viviente, y él se siente a un tiempo pueblo y profeta, voz total e individual, obediencia y capricho, rigor y libertad. El ritmo y la pasión que le mueven levantan su verso y arrebatadamente consigue en sus momentos felices la resurrección diaria de la lengua, fresca y primaveral como si cada palabra se estrenase. Y en sus momentos más trabajosos y de elaboración dificultada por la ambición del empeño y el deseo de mantenerse en las cimas que la intuición

inspirada le ha dado, logra también, gracias al estudio y al buceo incesante en las aguas de la gran poesía tradicional, una dignidad poético-retórica necesaria para que sirva de lecho altísimo en que puedan reposar los versos más inolvidables, los versos gloriosos.

Hemos pronunciado la palabra clave. Inolvidables. La poesía es el idioma inolvidable. La memoria de una lengua está en su poesía. La memoria y la incorruptibilidad que preservará a toda la prole que directamente la herede de toda ruptura y fragmentación. El poeta recibe íntegra la riqueza de los siglos y, reviviéndola y renovándola sin desmentirla, sabe transmitirla íntegra a los siglos que le han de suceder.

Permitidme que, para terminar, recuerde unos versos míos, un final de poema en que canto el glorioso destino y porvenir del castellano hispánico, de lo que llamaría, con frase inspirada de Juan Larrea, "la religión del lenguaje español". Son versos precarios como míos, pero sincerísimos y movidos por una vivida emoción de unidad en la pluralidad.

... No. No hay extranjería
en nuestra voluntaria anfictionía.
Ciudades todas dúplices y hermanas
se repiten sus nombres,
y las gestas indianas
de cívicos, repúblicos prohombres
emulan glorias metropolitanas.
Hay Santanderes, Méridas, Laredos,
heráldicas Toledos,
nuevas Granadas con su torre en vela,
Leones a la orilla de los lagos
y soñando el fulgor de Compostela
toda una larga estela de Santiagos.
Nombres propios, reliquias santorales,
luces de litorales,
Castilla de la mar, nombres comunes:
oh lengua, llama, espíritu, oh caudales
inextinguibles, sobrenaturales.

Oh madre, así me acunes,
así acunes a todas tus Españas,
desde la alta esmeralda de tus brañas
hasta tus hondas playas y restingas
—Acapulco, El Callao, Valparaíso—.
Y más allá en Oriente —Dios lo quiso—
nunca, ojalá, te extingas
en boca filipina y cristianada.

Oh lengua de unidad, lengua sagrada.
Por ti España es eterna y universa,
eterna en la demanda de la ola

que se hereda a sí misma y se conversa
con la delicia tersa
de la clara fonética española.
No importa dónde, donde cante o rece
hembra o varón la salve, el padrenuestro
en lengua del abuelo, allí se mece
en su cuna de amor recién nacida
España pura, España sin maestro,
España disponible, España o Vida.

GERARDO DIEGO

Real Academia Española.